

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Conflicto en la UdeG El rector calumniado

Por solicitud del consejo de una escuela preparatoria de la Universidad de Guadalajara, el rector de esa institución relevó de sus funciones al director de aquel plantel, David Mercado Verdín, quien poco después se presentó ante el ministerio público a denunciar hechos que a su juicio constituyen delitos, cometidos presuntamente por el rector Raúl Padilla López. Pero el denunciante confesó paladinamente que esos hechos no le constan y omitió decir los nombres

11-Julio-1990

de las personas que le comunicaron tales hechos, no obstante lo cual la Procuraduría de Justicia de Jalisco remitió el expediente a un juzgado penal, que no inicia proceso —porque no habría materia para ello— pero deja en entredicho, por malas artes, a la cabeza de la segunda universidad pública del país.

El ominoso acontecimiento se inscribe en la inacabable serie de presiones que sufre la administración universitaria de Jalisco, desde que el rector Padilla López asumió sus funciones en marzo del año pasado, y sobre todo desde que entró en crisis el acuerdo de diversas fuerzas que permitió la estabilidad en la U de G durante largos años, primero bajo la capitania personal de Carlos Ramírez Ladewig, y luego de un grupo que lo remplazó, y al cual pertenecía el propio Padilla López. Al asumir la rectoría este último, se per-

cató de que a la luz de la modernidad política, académica y financiera que se promueve desde el gobierno federal, a la cual no puede sustraerse la Universidad tapatía, era imprescindible modificar el proceso político interno.

Parte de esa decisión fue asumir por completo las funciones y responsabilidades de la rectoría, varias de ellas no ejercidas, o delegadas, y en consecuencia afectar el cuadro de posiciones asignadas a la Federación de Estudiantes de Guadalajara, a los dos agrupamientos de trabajadores (el sindicato de administrativos y la federación profesoral) y el grupo de ex presidentes y ex rectores que asesoraban al que ocupaba en cada caso la rectoría.

Una modificación de tal envergadura no podía ser llevada al cabo sin la agitada respuesta de los intereses lastimados, a lo que se agregó la socarrona actitud de las autoridades locales, de las que depende la Universidad, que no es autónoma sino de

Estado. Los más recientes episodios han evidenciado sin ningún lugar a la duda la extraña conjunción de esos dos intereses, en apariencia distantes el uno del otro.

Por ejemplo, el sindicato de trabajadores de la Universidad de Guadalajara realizó en junio un paro de labores al que solamente una pequeña porción de la totalidad de los empleados administrativos se sumó. El reclamo en sí mismo es inobjetable. La U de G paga los salarios más bajos de todo el sistema público de enseñanza superior. Dado su tamaño, el presupuesto que se le asigna, procedente sobre todo de la Federación, apenas alcanza para el gasto corriente, y eso cubriendo salarios y sueldos raquíticos a sus trabajadores, docentes y no docentes. Pero incrementar la paga no depende de un acto de voluntad del rector y ni siquiera de una más adecuada distribución de los recursos, que pudiera ser acordada por el Consejo Universitario. Simplemente no se puede. Ante la negativa del

rector Padilla a aceptar un compromiso que no está a su alcance cumplir, se produjo un paro, ilegal porque no satisfizo los requisitos dispuestos al efecto por la ley de servidores públicos jaliscienses, aplicable al caso. Y en vez de reaccionar contra los dirigentes del paro como lo hicieron, en plena igualdad de circunstancias contra empleados del Metro tapatío el año pasado, las autoridades políticas del estado apapacharon a los paristas, dejando en mala situación al rector.

Peor lo dejaron, sin embargo, cuando en vez de negarse a ejercer la acción penal contra Padilla por la denuncia insustancial enderezada en su contra —o de ejercerla si hubiera habido fundamento— lo pusieron en medio de un limbo de indefiniciones, idóneo para afianzar el clima del que esperan sacar provecho funcionarios del gobierno local, y los representantes del peor corporativismo universitario. Dos prestigios unidos.